

ya todo á consecuencia del sitio riguroso. Los 15,000 hombres de Renato se mantuvieron en el camino como pudieron, dando lugar á grandes quejas y reclamaciones; pero el 4 de enero de 1477 acamparon en las alturas de San Nicolás, distantes dos horas de Nancy, dando aviso de su llegada á los sitiados por medio de sus fogatas. Era ya tiempo, porque á la escasez de la ciudad se agregaban enfermedades, y Carlos estaba ya tan seguro de su victoria, á pesar de que en su campamento el frío y su séquito de miserias causaban muchas bajas, que contaba hacer su entrada triunfal el día 6, ó sea el de los Santos Reyes. Léjos estaba de sospechar que en lugar del triunfo le aguardaban la muerte y la ruina, y que entre sus grandes cundía la traicion. El jefe de los mercenarios lombardos, el temido conde Nicolás de Campobasso, que poseía toda la confianza de Carlos, no aguardaba mas que una ocasion favorable para abandonar á su amo, que recibió á tiempo avisos y confidencias, pero que no les dió crédito. Un noble lorenés que se había ofrecido á introducirse en la ciudad para hacer saber á sus defensores la llegada del duque Renato, había sido hecho prisionero por los borgoñones á su regreso al campamento, y para salvar la vida ofreció comunicar á Carlos un secreto importante, que se suponía era la traicion de Campobasso, porque éste procuró que el prisionero fuese ejecutado sin ser oido. Campobasso había visitado ocultamente al duque Renato en su campamento de San Nicolás y le había prometido abandonar á Carlos en el momento decisivo y cortar á su ejército la retirada.

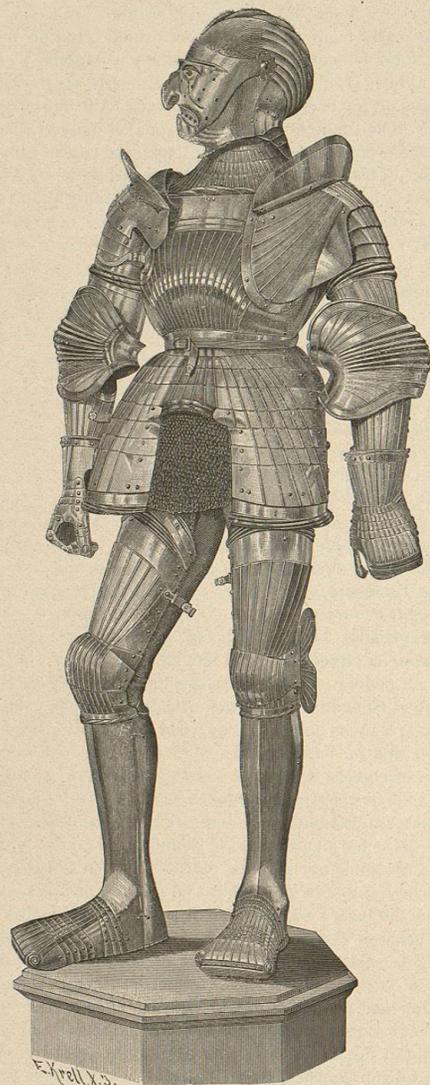
Carlos entró en la batalla en las condiciones mas desfavorables que pueden imaginarse; su ejército, debilitado por las fatigas, privaciones y enfermedades de la campaña de invierno, no pasaba seguramente de 10,000 hombres y era por tanto hasta numéricamente inferior al de Renato. Por lo mismo le aconsejaron sus capitanes que negociara un arreglo amistoso; pero Carlos rechazó esta propuesta con indignacion, ni quiso mantenerse siquiera á la defensiva, y desoyendo todos los consejos ordenó un asalto general á la ciudad para la noche del 4 al 5 de enero. Este asalto fué rechazado con grandes pérdidas de los borgoñones. Por la mañana del 6 Carlos se dirigió con su ejército al encuentro del enemigo, el cual en orden de batalla marchó desde las alturas de San Nicolás directamente al campo borgoñon. Carlos tomó posicion á una media legua mas allá del campamento, en un punto donde se apoyaba con su ala izquierda en el rio Meurthe. Por el frente pasaba un arroyo cuyo lecho era algo hondo, en cuyo curso superior había un zarzal espeso, al parecer intransitable y que por lo mismo podía servir por aquel lado de defensa. Para rechazar ó debilitar la primera arremetida del enemigo había situado además en frente de su ejército 30 piezas de artillería. Parece que Carlos entró en accion con tristes presentimientos, que en efecto se realizaron. Los suizos repitieron su táctica, que tan brillantes resultados les había dado en las jornadas de Granson y Murten, de ocupar al enemigo por delante mientras una parte de ellos rodeaba una de sus alas y le sorprendía por el flanco. En efecto, una division atravesó el arroyo y ocupó una altura que dominaba el ala derecha del ejército borgoñon, sobre la cual se lanzó despues de pasar con ataradora gritería el extenso zarzal, cogiendo á los borgoñones á la vez de flanco y de espalda, mientras el grueso del ejército de Renato se abalanzaba con ímpetu irresistible sobre el frente enemigo, que quedó deshecho. Siguió una lucha espantosa cuerpo á cuerpo alumbrada por el pálido resplandor del sol de invierno, que entonces se abrió paso al través de las negras, espesas y heladas nubes. Carlos y los suyos pelearon como héroes; pero la última esperanza de cambiar

la fortuna adversa de la jornada se desvaneció cuando la guarnicion de Nancy hizo una salida y pegó fuego al campamento borgoñon, guardado por un escaso número de tropa. Cuando el día, muy corto en aquella latitud y época del año, se acercó á su fin, huía el ejército derrotado. Entonces el traidor Campobasso desplegó la bandera lorenense y cerró á las masas fugitivas el puente construido cerca de Bouxières, sobre la confluencia del Meurthe y el Mosela, y expuso así á miles y miles de fugitivos á una muerte segura bajo los golpes de sus perseguidores victoriosos. Allí murió acuchillada la flor de la nobleza de Borgoña; el duque Carlos, arrebatado por las oleadas de fugitivos, cayó con su caballo al saltar un foso y fué muerto por los perseguidores, que ni siquiera le conocian. Su cadáver helado fué encontrado al dia siguiente debajo de un monton de caballeros muertos.

El 6 de enero el duque Renato hizo su entrada en su capital libertada; al cadáver de Carlos el Temerario se le dió honrosa sepultura junto al altar mayor de la iglesia de San Jorge. De allí, el emperador Carlos V hizo trasladar posteriormente aquellos restos mortales á Brujas, donde los depositó, al lado de los restos de su única hija María, en un sepulcro digno de los dos difuntos.

A pesar de cuantos esfuerzos hizo el rey Luis XI, la mejor parte de los dominios de Carlos de Borgoña pasó á la afortunada casa de Habsburgo. A la muerte de Carlos, muerto sin dejar sucesion masculina, Luis XI incorporó el ducado de Borgoña propiamente dicho á su reino, como feudo disponible de la corona de Francia. Tambien quiso apoderarse á la fuerza y por medio de astucias de las provincias de los Países Bajos, donde la jóven María, hija y heredera de Carlos el Temerario, se hallaba en situacion apuradísima en medio de facciones sublevadas. Entonces Maximiliano, el hijo del emperador Federico III, hizo valer sus derechos á la mano de la princesa, y en el mes de abril de 1477 se efectuó por poderes el casamiento, que fué para la casa de Habsburgo el cimientó de su posicion de gran potencia, como no la pudo siquiera sentir, con toda su confianza y supersticion fatídica, Federico III. El 18 de agosto los recién casados celebraron su boda en Gante con toda la ostentacion que solia desplegarse en semejantes casos y con grandísima satisfaccion de todo el país, que por este casamiento se veía libre del temor de caer bajo el dominio de Francia. No obstante, Maximiliano tuvo que defender con las armas la preciosa herencia de su mujer contra las pretensiones de Luis XI, lo que dió lugar á algunos años de guerra en que ambas partes lucharon con fortuna varia. La antigua Borgoña meridional se sublevó contra el rey de Francia, pero fué reducida á la obediencia á la fuerza y sin misericordia; y entretanto Maximiliano, por la victoria de Guinegate, en el verano del año 1479 logró establecer sólidamente su dominio sobre las provincias del Norte. No pudo, sin embargo, por lo pronto sacar ningun beneficio de su posesion, á causa de la oposicion de las municipalidades y de la nobleza, divididas en partidos, hasta que por mediacion del Papa se estableció una tregua. Durante esta tregua murió en la primavera del año 1482 la esposa de Maximiliano, á consecuencia de una caída de caballo, dejando á su esposo un hijo y una hija. El primero, llamado Felipe, tenía á la sazón cuatro años y era el sucesor legítimo de su madre en aquellas provincias, pero siendo menor de edad se encargó de la regencia su padre Maximiliano, que encontró como tal regente mucha resistencia y en algunos puntos hasta rebelion abierta. Los Estados, es decir, la nobleza y las ciudades de Brabante y Flandes pidieron una paz definitiva y duradera con Francia, y Maximiliano no tuvo mas remedio que solicitarla. Esta paz, que se firmó en Arras en el mes de diciembre del año 1482,

abrió á la corona de Francia un porvenir brillante, porque la hija de Maximiliano fué desposada con el heredero de la corona de Francia, al cual debía llevar á su mayor edad como dote la Borgoña propiamente dicha, el Artois y algunas otras



Una armadura de las llamadas «milanesas.»

Se conserva en el Museo de Artillería del Arsenal de Viena.  
Peso total: 42 libras.

Esta clase de armadura fué introducida por el año 1500, y los ejemplares más antiguos no proceden de Milan, sino de Augsburgo, Nuremberg y de Austria. Se creyó que la elaboración estriada del hierro la haría resistir á las balas, pero no sucediendo así se abandonó á mediados del siglo XVI.

plazas. Luis se llevó á la joven princesa á su corte y retiró su apoyo á los sublevados de Brabante y Flandes, á quienes Maximiliano pudo así reducir á la obediencia, y los citados países le reconocieron como regente en nombre de su hijo. Esta paz fué el postrer triunfo de Luis XI, que antes, á

la muerte del rey Renato y de su nieto el conde de Maine había tomado posesion de sus dominios, en especial la Provenza con la opulenta ciudad de Marsella, á pesar de la protesta del duque de Lorena.

La índole tiránica y falsa de Luis XI había ido desenvolviéndose, haciendo de este rey un déspota siniestro y repugnante. Rodeado de un ejército de espías y guardias; atormentado por continuas sospechas y por su desprecio de los hombres; descontento siempre, no obstante todos sus triunfos; temiendo á cada paso la muerte, que por todos los medios imaginables procuraba apartar, aquel monarca, vencedor de los potentados feudales, arrastró una vida miserable, de la cual le libró la muerte el 30 de agosto de 1483.

#### CAPITULO V

INGLATERRA EN LA ÉPOCA DE LA GUERRA DE LAS DOS ROSAS

(1422-1485)

Al corto y brillante reinado de Enrique V, que hizo de Francia destrozada por guerras intestinas una dependencia de Inglaterra, había seguido un cambio súbito y rudo de que la historia apenas presenta ejemplos. Este cambio no fué debido únicamente al alzamiento de la nacion francesa contra el dominio extranjero, sino que recibió tambien un gran impulso por las circunstancias en que se hallaba la Inglaterra; pues por mucho que el pueblo inglés se sintiera halagado por las glorias militares de su rey, y por haber logrado el objeto que se había propuesto Eduardo III, no es probable que la union permanente de las coronas de Inglaterra y Francia, que á la muerte de Enrique V parecia cosa asegurada, hubiese sido satisfactoria para la nacion inglesa, ya por el peligro de enredarse en la política laberíntica del continente, ya por la conviccion de que la conservacion de la corona de Francia había de costar guerras continuas ó cuando menos una paz armada permanente, y de uno y otro modo grandes cargas y sacrificios. Enrique V, á haber vivido, acaso hubiera conseguido resolver tan árduo problema; pero era completamente imposible que continuara su política é hiciera callar á la oposicion la numerosa regencia que, durante una larga serie de años, debía dirigir el gobierno en nombre de Enrique VI, que á la muerte de su padre solo contaba pocos meses de edad. Sucedió, pues, que á pesar de la pericia del duque de Bedford, nombrado por Enrique V moribundo gobernador de las posesiones inglesas en el continente, este general, por el cambio que se operó en el pueblo francés, se vió reducido cada vez más á la defensiva, y después de la reconciliacion de Felipe el Bueno de Borgoña con el rey Carlos VII las armas inglesas perdieron toda probabilidad de reconquistar el terreno perdido. Si el gobierno inglés á pesar de esta conviccion, que cada día se hacia más general, continuó la guerra y la nacion hizo para ella nuevos sacrificios, fué más por la honrilla nacional que por la ilusion de ser esta política necesaria ó útil, y porque era imposible renunciar de golpe á las grandes esperanzas hasta hacia poco acariciadas, ni á los recuerdos de tantas glorias militares. De todos modos, el poder inglés en el continente iba declinando y reduciéndose, sin que fuera posible detener esta decadencia; la nobleza y el pueblo se mostraron cada día menos dispuestos á contribuir á una guerra que ninguna esperanza de triunfo ofrecia, y todo se juntaba para reclamar un cambio de política en sentido pacífico, porque en las altas regiones del gobierno como en las de la nobleza se había introducido la discordia con motivo de la guerra que se hacian el duque de Gloucester y el cardenal Enrique de Winchester, que dominaba completamente en el ánimo del joven rey.

Este, dotado de talento muy mediano, no podia en semejante situacion adquirir ni energía de carácter y de voluntad ni criterio independiente entre las influencias contrarias que le rodeaban. Cada cual luchaba por hacer prosperar sus planes egoistas bajo el nombre y la autoridad del rey, que siempre fué instrumento del partido dominante, y estaba como oprimido por el peso del deber que le imponian las tradiciones de su elevada cuna y dignidad, sin poder cumplirlo, ni por las circunstancias ni por su índole personal, pues no tenia nada de imponente su presencia física, ni nada de guerrero, sino que más bien era amigo del reposo y en general de débil carácter. Un hombre de esta naturaleza era el menos á propósito para llevar á buen fin la doble mision que la situacion de Inglaterra imponia al rey. Deseoso Enrique VI de librarse de la molesta influencia de sus tios, el duque de Gloucester y el cardenal de Winchester, para pasar la vida sin sobresaltos ni agitaciones, se apresuró gustoso á

satisfacer el deseo cada vez más vivo del pueblo inglés de ver acabada la guerra francesa.

En junio del año 1444 se firmó un armisticio, que introdujo un cambio completo en la política inglesa. Para realizar la reconciliacion definitiva con la casa de Valois, fué casado el joven rey de Inglaterra con Margarita, hija del duque Renato de Bar, de la casa de Anjou, que titulándose rey de Jerusalem y de Sicilia, se dedicaba al cultivo de las tradiciones de la caballería, de los trovadores y de sus cortes de amor. En su hija, en cambio, estaban reunidas todas las cualidades de soberano que faltaban á su padre y á su primo el rey de Francia. Bella é imponente, era mujer varonil, decidida y valiente; tenia buen criterio, inteligencia, energía y resolucion de ser reina, no solamente de nombre sino de hecho. Estas cualidades le hicieron en poco tiempo señora absoluta de su esposo, que de todos modos necesitaba alguien que le guiara y dirigiera. Gloucester y Winchester



Medalla de cobre con los bustos de Maximiliano y de su esposa María de Borgoña.

Inscripcion circular del anverso: MAXIMILIANVS. FR(iderici). CAES. F(ilius). DVX. AVSTR. BVRGVND.  
Inscripcion circular del reverso: MARIA. KAROLI. F(iliae). DVX. BVRGVNDIAE. AVSTRIAE. BRAB. C(omitissa). FLAN.

Al lado del busto una doble M (Maximiliano y María).

Tamaño del original. Se conserva en el Gabinete Numismático de Berlin.

perdieron toda su influencia, y en su lugar creció la de Guillermo de la Pole, el autor verdadero del matrimonio de Enrique VI con Margarita, y que nombrado conde de Suffolk, partió con la reina el dominio sobre el rey, gobernando la corte y el país á su capricho, no sin dar lugar á murmuraciones malévolas respecto de sus relaciones con la reina, á quien había acompañado desde Francia á Inglaterra. Estas circunstancias produjeron complicaciones funestas.

Si por un lado la nacion inglesa había recibido con júbilo la noticia de haber quedado por algun tiempo libre de las cargas de una guerra exterior que ninguna esperanza de triunfo daba, por otro vió asomar en la amistad con Francia el abandono de la política nacional. Esto volvió á despertar las antipatías tradicionales, que se dirigieron desde luego contra la reina, á la cual se acusaba de trabajar á favor de Francia sacrificando los intereses de Inglaterra. El blanco directo de la animadversion fué Suffolk, el favorito afortunado, que había desposeído de su influencia y de las ventajas particulares que de ella sacaban á los parientes del rey y á la alta nobleza. En semejante situacion, no se realizó todavía la paz definitiva con Francia, y del sesgo desgraciado que tomó la nueva guerra hicieron los ingleses tambien responsables á la reina Margarita y á Suffolk. Continuando el rey dispensando su confianza á este último, á quien colmó de nuevas distinciones elevándole á la dignidad de duque, exacerbóse la opinion pública contra él hasta el último extremo. Se le acusaba de haberse puesto en inteligencia se-

creta con la Francia para el mal éxito de la campaña, y el parlamento en 1450 le formó causa de alta traicion. Ante la cámara de los pares deshizo Suffolk la acusacion con mucha habilidad y buen éxito; pero la cámara no se atrevió á absolverle para no contrariar las pasiones sobrecitadas del pueblo y el odio de muchos nobles, y, á pesar de no poder probar su culpabilidad, le condenó á cinco años de destierro. Por este mismo estilo había empezado en su tiempo la tempestad que costó á Eduardo II el trono y la vida. Puede formarse una idea de la altura á que había llegado el frenesí que se había apoderado del pueblo inglés, sabiendo que los enemigos del desterrado siguieron el buque que en mayo de 1450 le conducia desde Dover al destierro, y alcanzándolo le hicieron pasar á la lancha donde le mataron, diciendo que estaban encargados de aplicarle la pena de muerte. Lo peor fué que los autores de este horrible crimen no fueron castigados; el rey no se atrevió á formar causa á los asesinos de su favorito, y éstos, alentados por el éxito y la impunidad, sacrificaron todavía á algunos compañeros y auxiliares del infortunado Suffolk. Este fué un golpe terrible dado á la autoridad real, un mal agüero del porvenir y una prueba del estado morbozo de la monarquía inglesa.

Sacrificado ya en la persona de Suffolk el representante de la política de paz respecto de Francia, solo faltaba que dar un paso para hacer responsable á esta misma política de todos los males que aquejaban al país; y como Inglaterra no había sacado ninguna ventaja ni del parentesco del rey